

Severo Sarduy (1937-1993)

Eduardo Lizalde

Hace unos meses me llamaron la atención dos líneas del breve texto de Severo Sarduy incluido en la compilación que Julio Ortega tituló La Cervantiada (UNAM-El Equilibrista, agosto de 1992), y a la que el propio crítico peruano se refirió en la nota escrita al ocurrir la muerte de Sarduy: "Leo —por otra y última vez en mi vida—. El Quijote". ¿Por qué por última vez, pensé? Pero no me imaginé nunca que se encontrara enfermo, y menos de manera grave, quien condenaba el amado libro de Cervantes a no ser más abierto. Lo bacía yo embarcado en su febril actividad literaria, radiofónica y editorial de siempre, y encaminado a continuar con su ya célebre y admirable obra. Ahora me entero de que se sabía condenado irremediablemente a muerte desde hace algo más de tres años, y de que a muy pocos lo dijo, resignado casi místicamente a dejar este universo placentero donde "el ser humano es un recién llegado", como le gustaba afirmar recordando la frase del físico Dicke, y como consta en su bermoso poemario cosmológico científico Nueva Inestabilidad.

Deploro no haber vuelto a ver a Sarduy desde hace más de diez años. La que sigue es la nota que redacté y envié a la prensa al enterarme de su desaparición.

Como de costumbre, se nos adelanta la muerte, sin que alcancemos a escribir alguna cosa sobre tantos autores contemporáneos de primer orden. Murió recientemente, antes de cumplir los 56 años de edad, Severo Sarduy, otro de los ilustres exiliados cubanos, que residía en París hace más de un cuarto de siglo.

Lo conocí y traté brevemente durante el Congreso de Escritores celebrado en Las Palmas de la Gran Canaria (1979), donde se me presentó para decirme que aceptaba formar parte del Consejo de colaboración de la revista *La letra y la imagen*, en el que se hallaban ya Octavio Paz, Juan José Arreola, Mario Vargas Llosa, José Bianco y Juan Goytisolo. Explosivo, festivo, brillante y cordial como sus libros, Sarduy disfrutó el paradisiaco clima de la gran isla, más preocupado por las bellezas de las fascinantes costas de Maspalomas que por los enconos políticos de las sesiones del Congreso, donde tuvimos que tolerar a muchos atorrantes e izquierdosos sectarios, que escuchaban nuestras intervenciones antiestalinistas y nuestras críticas del autoritarismo socialista con olímpico desprecio.

Crítico, prosista, fabulador, poeta de personalidad extraordinaria, ya nos había sorprendido Sarduy con sus textos de *Barroco* y con su *Cobra*, como antes con su *De dónde son los cantantes*, que tomaba el título de la canción popular.

Antes de publicar *Maitreya* (1980), libro magistral, nos empezó a enviar colaboraciones para *La Letra*, algunas de ellas memorables como ese artículo sobre las muñecas de Martha Kuhn-Weber, que se exponían permanentemente en la Galería 13 de París: "Presentación o materialización —como se

dice en brujería— de un fetiche, en el sentido etimológico del término: del portugués *fético*, lo hecho, el *bacer* que se ve..." "Los dobles infernales nos amenazan a la vez desde la escena de una representación ya formada, concluida, pero obturada, denegada, y desde el lugar sin límites de lo que está antes del desaparecer. Como si de todos los jeroglíficos de la muerte, el más angustiante fuera el de no haber nacido", eso decía sobre las infernales muñecas de trapo de Kuhn-Weber.

Hace menos de un año (*Vuelta*, octubre de 1992), leía con admiración cuatro sonetos de Sarduy, el obsesivo y lúcido barroco por excelencia, porque me parecían una especie de salto a la más clásica llaneza, y porque coincidían con el tema de dos poemitas que me hallaba yo mismo redactando en esas semanas sobre San Juan y sobre Santa Teresa, precisamente. No esperaba yo hallar ese tono tan sinceramente místico, y trágico, en el dionisiaco y nunca severo Severo Sarduy:

El alma liberada de su cargo: toda imprenta del cuerpo; todo lazo/ desatado en los nervios; seco el hueso".

Pero sobre todo me detuve en el soneto titulado *Recuento*, que no me resisto ahora a reproducir, tras de la escueta noticia de las agencias AFP y EFE sobre la violenta muerte de Sarduy:

Ya no soy el de ayer, el tiempo pasa.
Mi verso se ha tornado transparente.
Por las tardes me vienen de repente
bruscos deseos de volver a casa.

La pasión que en sí misma y la que abraza
se alejaron de mí; ahora es la mente
quien disfruta, nocturna indiferente,
con los cuerpos que el día me rechaza.

No deploro el amor, que me fue ajeno:
sino el deseo, que redime, invierte
y modifica todo lo que toca.

Escrituras, pasiones y veneno
faltaron a mi vida y a mi muerte.
Y el roce de unas manos, y una boca.

Un verdadero clásico testamento, de temple algo lopesco, parece ahora ese soneto, que antes hubiera semejado una especie de ejercicio o de glosa sanjuaneca a lo profano, o de reconstrucción muy Siglo de Oro, de no haber sido por la muerte sorpresiva de Severo Sarduy, cuyas circunstancias, a la fecha, ignoro.

Lamentable es esta desaparición de un escritor que, afortunadamente, se hallaba ya maduro desde muy joven y deja tras de sí una de las obras más sólidas y singulares, entre las que conforman la de su importante y sufrida generación de exiliados coterráneos. □